

LA
FUERZA
DE SU
Herencia

CATHERINE PARKER LARRAÑAGA



La fuerza de su herencia

Primera edición: 2020

ISBN: 9789564018720

ISBN eBook: 9789564018805

© del texto:

Catherine Parker Larrañaga

© de esta edición:

www.catherineparker.cl

catherineparkerlarra@gmail.com

Impreso en Chile – Printed in Chile

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a catherineparkerlarra@gmail.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

PRÓLOGO

La genética no solo se reduce a rasgos físicos, hay detalles más profundos e invisibles al microscopio que logran marcar generación tras generación, y determinar, en muchos casos, hasta lo que se logra en la vida.

Historia basada en hechos reales.

«Viajo al pasado y contemplo la vida de los que me precedieron. Con algunos estuve, con otros, solo la imagen que logro formar de ellos a través de las palabras de mis padres. Por mis venas, sangre inglesa».

Eduardo Parker Ramírez.

Mi padre.

CAPÍTULO I

Los pioneros



I

Cruzando el Atlántico



Era mediados de 1859 cuando el trasatlántico inglés *Great Eastern* cruza el Atlántico rumbo a Coquimbo, destino final donde se iniciaría la gran aventura de Robert Parker Owen y Joseph Bradford, aventura frente a la cual, Joseph, aún parecía escéptico.

La travesía de extenuantes tres semanas de navegación, se batía entre aguas calmas y agitadas. El enorme barco de hierro, propulsado a vapor y velas, navegaba rompiendo grandes olas que por momentos parecían manos de gigante queriendo atrapar a los que osaban caminar por cubierta. Al reventar contra el inmenso casco de metal, parecía abrirse una gran palma que luego se transformaba en aguacero, salpicando sin piedad a damas de sombrero al viento, nariz respingada y largos trajes de tul, seda y muselina.

Sentados en el comedor principal, rodeados por immaculados muros de cornisas talladas que exhibían, alternadamente, tapices y cuadros, repasaban el proyecto del diseño

urbano de la ciudad del norte de Chile. Joseph resoplaba, fruncía el ceño y se acomodaba los anteojos para mirar con detalle los dibujos que tenían sobre la mesa. La luz que se filtraba por el grueso vidrio de los portillos con moldura de madera que olían a recién pintada, dejaba ver el movimiento de las olas en el exterior e iluminaba las ajadas fotos que mostraban una rudimentaria caleta de pescadores de la zona a donde se dirigían. Era un pueblo de escasos habitantes y modestas viviendas con lo indispensable para dormir cobijado, poner algo de comida sobre la mesa y cuidarse de infecciones desconocidas. Algunos acaudalados terratenientes con propiedades mineras en el área, contaban con mejores casas, menús más sofisticados y la posibilidad de enfermar con menor riesgo. Se decía que Coquimbo, gracias a sus mineralizadas tierras, podría convertirse en la segunda ciudad puerto más importante de Chile después de Valparaíso. Formar parte de esa aventura era lo que movilizaba a los dos ingleses a dejar atrás sus acomodadas vidas.

Reclinándose sobre la silla con respaldo de madera curvada, Robert inhaló profundo, como tratando de tomar impulso para terminar de convencerse de que haber aceptado aquel desafío, representaba una oportunidad única para exaltar la reputación de ambos en el área de la arquitectura. Con una sonrisa en la cara y acariciando su mentón afeitado, recordaba cómo Maximiliano Errázuriz y José Tomás de Urmeneta, con sus abundantes barbas y bigotes peinados, le habían empujado a cruzar el océano en pos de hacer historia.



Después de varios días de encuentros formales y mientras disfrutaban del lanzamiento de la última obra de Monet, Soleil

Levant en el Louvre de París, Robert y Maximiliano sellaron el acuerdo. Un fuerte y sonoro apretón de manos simbolizaba la pluma con tinta que confirmaba el compromiso. No hacía falta un contrato, la palabra empeñada tenía más valor que la firma en un papel.

Habían sido presentados por Manuel Blanco Encalada en la embajada de Chile de dicha ciudad francesa. El embajador celebraba un acuerdo de cooperación entre ambos países, y Robert, junto con otros destacados arquitectos londinenses, había sido invitado al evento, en el cual también Maximiliano, representando a destacados empresarios chilenos, se hacía presente para establecer lazos internacionales. París era la sede del encuentro y la ilustre embajada de Chile congregaba a personeros de distintas nacionalidades.

Después de varios días de conversaciones y culminando el encuentro en la inauguración de las obras de Monet en el Louvre, Maximiliano terminó de entusiasmar a Robert.

—Vamos, hombre, sé que te tienta la idea. Esa ciudad está destinada a crecer, a ser importante. La explotación minera está en pleno desarrollo, te lo digo yo, que estoy en el negocio. Además, para un joven de apenas veinticuatro años, de seguro representa un reto a su profesión —había dicho Maximiliano mientras hacía sonar su copa al brindar.

—Está bien, ¡hagámoslo! —dijo Robert con fuerza mientras alzaba el reluciente cristal en su mano y despejaba su enorme mirada azul con un subir de cejas que iluminó su cara.



Robert volvió de los recuerdos de aquel día al contemplar el desfile de pasajeros que comenzaban a llegar al comedor

del barco. A pesar de que solo era hora de almuerzo, la elegancia de muchos era indiscutible. Las señoras, de vestidos largos con delicados encajes y sombreros decorados con plumas y cintas de raso, iban del brazo de caballeros igualmente distinguidos por sus elaborados trajes de paño, presumiblemente escocés. Algunos llevaban de forma algo incómoda sus sombreros de copa en las manos, mientras, además, sostenían su bastón con tope de plata y oro.

Robert, con su brazo extendido sobre la silla a su lado, contemplaba el pasar de los refinados pasajeros. Espiró con suavidad el aire que había tomado y miró a Joseph.

—Se ve desafiante —resopló mientras Joseph le devolvía la mirada bajo su desordenada y abundante ceja levantada.

—Claro que lo es, Robert. Ya veremos cómo logramos construir todo eso con la escasez de materiales que hay en aquel inhóspito lugar. Tal vez fue apresurado aceptar el proyecto —recalcó con su voz ronca, esa que parecía sacada de un sótano—. Espero que nuestra arrebatada decisión no nos termine pasando la cuenta.

—No te preocupes, querido amigo, es bueno correr riesgos. Y respecto de los materiales, bueno, la madera de Oregón tendrá que ayudarnos, es el punto más cercano de donde obtenerla —replicó Robert intentando minimizar sus dudas con una respuesta dicha en tono suave y melódica.

—Ojalá. Me gusta tu entusiasmo, pero ya veremos lo que la realidad construye —refunfuñó un malhumorado Joseph dejando ver su mezcla de cansancio e incertidumbre.

Persistían sus dudas. Haber aceptado le parecía un error, pero ya había iniciado el viaje que cambiaba su comfortable vida londinense por otra de la que aún no tenía mayores re-

ferencias. A Joseph no le quedaba más que enfrentar su decisión con un poco más de optimismo o, de lo contrario, aquel reto se le transformaría en un permanente dolor de cabeza.

Robert no solo había arrastrado a su amigo y socio, sino que también a su amada Margaret. Ambos habían confiado en el sueño de Robert, ese que anhelaba levantar una ciudad como Coquimbo, diseñando y construyendo calles, barrios, escuelas, plazas e iglesias, ese que despertaba el ego de haber sido elegido para una hazaña que dejaría huella en los habitantes de dicho lugar, y tal vez en el país. Robert esperaba que fueran recordados como los hombres que ayudaron a fundar aquella ciudad sacándola del anonimato en la cual estaba inmersa; eso, lo llenaba de orgullo. Ambos, Robert como constructor y Joseph como arquitecto, sabían que era una oportunidad magnífica para trascender, aunque para Joseph, un inglés más arraigado a sus costumbres y buena vida inglesa, le seguía pareciendo descabellado.

—Realmente, Robert, de tan atractivo y ambicioso que se ve, es también en extremo arriesgado —dijo moviendo dubitativo la cabeza.

—Vamos, vamos, no seas pájaro de mal agüero, Joseph. Ya veremos. Por ahora, hay que pensar en positivo y responder a don Maximiliano con todo nuestro profesionalismo, que para eso nos ha contratado.

Mientras ambos se miraban con recelo, Margaret apareció en la entrada del salón. Con sus labios pintados en un perfecto rosa, sus pestañas ennegrecidas que, de tan largas, casi topaban sus cejas, y luciendo su estilizado talle en un vestido de seda azul, inundó de luz el lugar. Sus ojos hacían juego con el brillo de su elegante vestido. Caminó con

lentitud inestable, evidenciando el esfuerzo que ponía sobre el control de sus pasos. Las semanas de ondulante travesía le pasaban la cuenta. Navegar no era uno de sus pasatiempos favoritos, pero ser la esposa de un hombre que buscaba permanentemente cruzar fronteras, la obligaba a seguirlo a donde fuera que decidiera emprender viaje. Así era Robert, osado, de mirada aguda; un ave en constante vuelo. Para él, Londres no era lo único que existía cuando la vista terminaba en el horizonte, y seducido por lo desconocido, se lanzaba sin miedo a ello. Esta vez lo hacía con Margaret, su mujer desde hacía ya tres años.

Cuando llegó a la mesa, ambos se pusieron de pie para recibirla. Venía mordiendo su labio inferior, como arrepentida por algo, y sus ojos clavados en Robert.

—¿Te pasa algo, mi amor? —preguntó después de besar su mejilla y separar la silla de la mesa para que se sentara.

—Pues lo que ya sabes, Robert, este vaivén permanente, que me hace sentir como una hoja cayendo a merced del viento. Ni ganas de un bocado tengo. Disculpa, Joseph —le saludó inclinando su cabeza y se sentó. Joseph no alcanzó a llegar a ella para besarla.

—Ya no queda mucho, cariño, solo una noche más y habremos llegado.

—Mi anhelo más profundo, querido, es pisar tierra firme pronto —suspiró. Se sacó los guantes y dejó a un lado el pañuelo de seda blanca de su cuello.

—Disculpen —interrumpió el anfitrión—, aquí está el menú del día. Pueden escoger entre cuatro variedades de platos principales. Los postres serán servidos en el mesón central.

Margaret tomó el menú y miró agradecida al hombre de chaquetilla y humita negra de gran altura parado a su derecha. De reojo tras él, vio la lámpara de araña que se mecía con suavidad de lado a lado, indicio claro del tamaño de las olas. Volvió la vista a la mesa, donde la vajilla de porcelana y copas de cristal seguían en su sitio ayudándole a contrarrestar en algo el mareo. Decidió iniciar el pedido con una simple copa de agua. A a lo lejos, las suaves notas de piano desviaban sus pensamientos tras la bien ejecutada melodía *Für Elise* de Beethoven. A pesar de ello, el continuo balanceo del barco le generaba náuseas y mareos, dejándola la mayor parte del tiempo, recluida en el camarote. Incluso se le veía más delgada por la falta de apetito. Agradecía que no solo estuviese llegando el final de aquel viaje, sino también el final de la incertidumbre; ya quería conocer lo que sería su nuevo hogar.

Robert y Joseph, en cambio, no se veían afectados por la travesía y deambulaban de proa a popa investigando la imponente ingeniería de aquel coloso. Les gustaba ver los interminables mástiles repletos de cabos y obenques que se encumbraban hasta el cielo.

Después de una velada tranquila y un casi reparador sueño, divisaron tierra. A lo lejos aparecía Valparaíso, primer puerto de recalada del *Great Eastern*. A medida que se acercaban, se distinguían algunas de las casas encumbradas en los elevados cerros y poco a poco emergían edificios de tres pisos pegados a la costa.

—Parecen galpones... o fábricas —dijo Robert a un aborrito Joseph que contemplaba el paisaje desde cubierta junto a él.

—Yo diría que más parecen eso, fábricas.

—Mira, ese campanario es el de la iglesia del cerro Artillería —explicó Robert, haciendo alusión a lo poco que había logrado investigar sobre la ciudad en fotos y manuscritos—. Le dicen así, pues en su cima hay un polvorín y un cuartel.

—Vaya, ¿aún se sentirán bajo alguna amenaza?

—Bueno, la independencia de este país lleva apenas algunas décadas, tal vez todavía se sienten expuestos a nuevas invasiones, quién sabe.

El barco atracó sin inconvenientes en el lugar donde permanecería por una noche. Eran las once de la mañana y habían acordado desembarcar para sentir tierra firme y recorrer de la ciudad lo que sus fuerzas les permitieran.

Caminar por las calles de Valparaíso les hizo sentir un leve aire europeo; una ciudad repleta de inmigrantes ingleses, alemanes, franceses y yugoslavos se levantaba bajo una arquitectura impresa en el estilo neoclásico: fachadas con ventanales moldurados, altos pilares en los accesos de los edificios importantes y cornisas muy bien ornamentadas.

El resonar de los cascos de los caballos, que tiraban de los carruajes con sus encopetados pasajeros, rompía el murmullo de los peatones.

Durante horas circularon por callejuelas empinadas, almorzaron el pescado fresco del día y recorrieron algunas vitrinas que poco tenían que ofrecer.

Al llegar a la plaza de la Intendencia, Joseph fijó su mirada en el edificio principal, justo al fondo del lugar.

—Hermosa construcción, ¿no te parece, Robert? —mostró con su bastón—. Tiene un gran parecido al palacio consistorial de París.

—Innegable, Joseph, muy neoclásico francés. Y con el típico reloj en su torre.

—¡Robert!, ya son las cuatro de la tarde —reclamó Margaret al ver la hora en el reloj del elegante edificio—. Debemos regresar al barco —pidió suplicante y dejando ver el cansancio causado por el paseo en la ciudad.

—Sí, querida, tienes razón, se hace tarde. Casi no me di cuenta del tiempo que ha pasado —le ofreció su brazo y enfilaron al muelle.

Les quedaban dos noches de navegación. Habían decidido disfrutar a cabalidad las últimas cenas elegantes, la gala con el capitán y cada uno de los rincones del imponente transatlántico. Sabían que, al llegar a Coquimbo, probablemente las comodidades serían diferentes, como también sabían, que sería el comienzo de un tiempo sin pausa.

2

Coquimbo



Según itinerario, después de dos días sobre el océano Pacífico, que por fortuna para Margaret hizo honor a su nombre, recalaron en Coquimbo. El panorama era desalentador y ni cercano a lo que el recuerdo de un más desarrollado Valparaíso les había dejado. Lo elemental de las instalaciones portuarias era la antesala de lo que les esperaba: para Robert, un lienzo en blanco sobre el cual dibujar a su antojo y genialidad todos los rincones de ese pueblo que clamaba por crecer ordenado e imponerse en la historia; para Joseph, impotencia y demasiado por hacer sobre sus hombros.

Desembarcaron entre redes, pescadores, sacos de alimento y la voz del tripulante del *Great Eastern* que gritaba el zarpe del gran barco que continuaba rumbo a Panamá.

Los pocos ingleses que habían desembarcado junto a ellos, comenzaban a buscar también los rostros por los cuales habían hecho aquel largo viaje. Ni Robert ni Margaret ni Joseph conocían a quien los recogería, solo tenían un

nombre. Comenzaron a preguntar a cada uno de los conductores de carruajes si era o no quien se suponía debía estar esperándolos.

—Hola, ¿es usted Claudio Martínez? —preguntó Robert con su acento de extranjero inconfundible.

El interpelado se sacó el sombrero, negó con la cabeza e hizo una pequeña venia. Los cocheros, alineados uno al lado del otro, iban negando ser por quien Robert preguntaba. Robert continuó interrogando a cada cochero aparcado en el lugar, repitiendo una y otra vez el nombre de Claudio Martínez.

De nuevo, cabezas negando. Cuando ya solo quedaban dos posibilidades y Margaret comenzaba a intranquilizarse, Robert fue más enfático.

—Buenas tardes, ¿es usted Claudio Martínez?

—¡Soy yo, soy yo!, *I am* Claudio Martínez —contestó desde el carruaje contiguo un hombre moreno de baja estatura, y se acercó con diligencia para presentarse y ayudarlos con las maletas—. Buenas tardes, *I am* Claudio Martínez, el asistente del alcalde, *the mayor assistant* —se presentó haciendo repetidas reverencias e intentando pronunciar de la mejor forma posible las pocas palabras en inglés que había aprendido. Con algo de nerviosismo se arreglaba el cuello de su blanca camisa.

—Buenas tardes, soy Robert Parker Owen y ella es mi esposa, Margaret Trevena —respondió Robert cortésmente señalando a la esbelta y distinguida mujer a su lado.

—Buenas tardes, gusto en conocerla —contestó Claudio con otra de sus frases aprendidas—. ¿Y usted es...? —pre-

guntó estirando la mano y dirigiéndose a Joseph, que parecía seguir buscando a alguien más.

—¡Ah! Un gusto, soy Joseph Bradford —respondió estrechando con fuerza su mano.

—Bueno, es un placer. *Welcome to* Coquimbo. Los llevaré directo a casa de don Maximiliano, el señor Errázuriz los está esperando —dijo terminando de subir las maletas al baúl de la parte trasera del carruaje y sacudiendo su pantalón de tela negra lleno de polvo.

—Perfecto, muchas gracias —replicó Robert mientras ayudaba a Margaret a subir las pisaderas y entrar al coche.

Una vez acomodados, Claudio dio la señal al cochero y se aprestaron a partir. El hombre acomodó su sombrero de paja para proteger su ya arrugada y reseca piel, apoyó los pies en el salpicadero y tomó la fusta para dar el primer latigazo que los puso en marcha.

En el interior del carruaje no había muchas posibilidades de mantener algún tipo de conversación. El silencio apenas se veía interrumpido por una que otra sonrisa esbozada por el asistente a los pasajeros, con la intención de transmitirles que todo iba bien.

El viaje a casa de Maximiliano, aunque no duró más de veinte minutos, mantuvo a Margaret y a Robert cabeceando algo de sueño inconcluso arrebatado por el barco. Mientras tanto, Claudio y Joseph ensayaban lo que cada uno balbuceaba de un idioma ajeno a sus raíces.

—Largo viaje, ¿verdad? —dijo Claudio.

—Así es, un largo viaje —contestó Joseph—. Lindo —agregó afable aludiendo al paisaje, que en realidad no contaba ni con mucha vegetación ni edificaciones interesantes que ver.

—¿Cree usted? —dijo Claudio con cierto sarcasmo en la voz.

Sabía que el inglés se refería a lo que veía por la ventanilla debido a su ademán de mano, pero para él era más de lo mismo: tierra agrietada, escasos guayacanes y alguna que otra maceta con flores, intentando dar colorido a la entrada de las modestas casas del lugar. Muchas de aquellas flores, con su exagerada tonalidad, no lograban engañar, delatándose artificiales con brillos imposibles de lograr bajo un sol que desteñía hasta las piedras.

Para cuando llegaron a casa de don Maximiliano, el ruido y resaltar de algunos adoquines reincorporó a los somnolientos pasajeros. Se acomodaron los sombreros y volvieron a la compostura de los saludos formales que tendrían que dar.

Ante ellos se levantaba la casa más importante de la calle: una edificación de dos pisos construida en adobe pintado blanco, con balcones falsos de hierro forjado. Tras una de las cortinas del ventanal de madera del segundo piso, Margaret logró divisar una naricilla fisgoneando.

Claudio tocó la campanilla que colgaba del dintel de la puerta y anunció la llegada de los ingleses. Comenzaba a bajar las maletas cuando en el umbral, de madera barnizada, apareció Maximiliano:

—¡Bienvenidos! Gusto en verte otra vez, Robert —dijo con voz estertórea mientras bajaba los dos peldaños que lo separaban de la acera. Le dio un abrazo apretado con el que Robert terminó por despabilarse.

—Gracias, Maximiliano, muy amable por recibirnos en tu casa.

—De nada, hombre, feliz de tenerlos aquí. Pasen, por favor, deben de estar exhaustos.

Maximiliano tomó una de las maletas y los invitó a entrar después de saludar también a Joseph y a Margaret con un delicado beso en su mano. Claudio se despidió confirmando a don Maximiliano la hora de recogida del día siguiente: diez de la mañana en punto, le había dicho el señor, «hay que cumplir con exactitud inglesa».

—Bien, síganme, por favor, les mostraré sus habitaciones. Imagino vuestro cansancio. Llegar a estas tierras es como dar la vuelta al mundo —dijo Maximiliano sonriendo y repasando con la mano su chasquilla engominada—. Espero estén cómodos, nos hemos preocupado de que no les falte nada.

Abrió la primera puerta de un largo y oscuro pasillo repleto de retratos, que recorrieron hasta llegar a la primera puerta que sería la habitación de Joseph. Se asomó una tenue luz desde el interior que, por un instante, le dio calidez al lúgubre corredor. Joseph agradeció y entró perdiéndose bajo un rayo amarillo que pareció abrazarlo.

Margaret y Robert continuaron caminando un par de metros más por el crujiente piso que recibía las suelas de sus botas. Maximiliano abrió una chirriante puerta de madera tallada que accedía a una habitación luminosa con dos ventanales altos que dejaban entrar la escasa brisa seca y caliente de la calle.

—Espero les guste —dijo haciéndolos pasar—, es muy luminosa y tiene una gran cama, que seguro la han extrañado —dijo en tono burlón. Margaret bajó la mirada y caminó hacia la ventana—. Bien, pónganse cómodos. Nos veremos en un par de horas para cenar—. Maximiliano salió de la habitación y Robert soltó una risotada.

Margaret sonrió cómplice. Caminó tres metros y se asomó por el pequeño balcón desde donde, a lo lejos, se divisaba una línea azul que dedujo sería el vasto océano que, desde ahí, se volvía una pequeña pincelada. Respiró hondo y volteó a mirar a Robert, quien dejaba las maletas en el suelo. Margaret sentía que sus pies aún se balanceaban de un lado a otro, y el brusco giro que había hecho para mirar a Robert la hizo tambalear. Robert se apresuró a llegar a su lado para evitar que se desplomara y la tomó firme de la cintura.

—¡Dios mío! A pesar de estar en tierra firme, aún siento el vaivén de las olas bajo mis pies. Gracias, mi amor, llegas justo a tiempo.

—Tranquila, querida, aquí estoy para sostener tus mareos. Es lo menos que puedo hacer después de que has dejado todo por mí.

Robert se hundió en su brillante mirada azul y besó sus labios que aún conservaban el fulgor y sabor dulce del tenue maquillaje que los cubría. El cosquilleo en el estómago de Margaret aumentó el ímpetu de su respuesta y Robert entendió el mensaje. Aprovechó las horas antes de la cena y desató los nudos de su corsé, desabotonó el puño de su blusa y dejó caer las prendas que separaban su piel de la de ella. Retomaron el ardor de los encuentros robados por las náuseas del océano y sus aguas celosas de romance y pasión. Margaret jadeaba al compás de Robert y se dejaba mecer por el único ondular que le gustaba, el de su cuerpo. Ese era el oleaje que había extrañado hace días. En un abrazo desnudo, se quedaron dormidos.

—¿Robert?, ¿Margaret? —Joseph llamó a la puerta para avisarles de que ya todos estaban en el salón para cenar—.

Los estamos esperando. ¿Todo bien? ¡Robert!, ¡Robert! —insistió al no oír respuesta.

Robert despertó sobresaltado. El corazón lo golpeó como un puntapié en las canillas y, apenas se dio cuenta donde estaban, respondió apresurado.

—Sí, sí. Todo bien. Vamos enseguida.

—Cariño, nos quedamos dormidos. ¡Cómo quisiera seguir así! Nos esperan a cenar —dijo con una sonrisa de niño travieso y saltó de la cama buscando sus prendas del suelo.

—Dios mío, hay que vestirse rápido. Ya no hay tiempo para un baño—. Robert acarició su espalda y le besó el hombro. Se vistieron apresurados sin alcanzar a seleccionar un nuevo vestuario para la ocasión.

Aparecieron en el salón culpando al cansancio del retraso y se sumaron a una copa de *champagne* que Maximiliano ponía en sus manos.

—No hay cuidado, mis estimados huéspedes. Es comprensible después de tan largo viaje. Ahora pasemos a la mesa, que imagino también hay otros apetitos que saciar —miró a Robert con picardía y le guiñó el ojo a Margaret, quien no pudo evitar ruborizarse.

3

La cena



—**E**stimados: mi madre, doña Rosario Valdivieso — dijo Maximiliano. La presentó con la pomposidad de quien anuncia el ingreso de la reina al salón de baile. La fanfarria de su voz se suavizó cual caricia al enumerar las cualidades de su maternal personalidad en una mezcla de español e inglés usado por todos los presentes—. Esta mujer maravillosa es mi puntal, mi sombra, mi abrigo y mi brisa fresca —continuó. Tomó su mano y le dio un beso en la mejilla.

—Hijo, gracias por tus palabras, no son necesarias, aunque me llenan de alegría. Mi amor por ti es gratuito e incondicional —le devolvió el beso y acarició su barba. Caminó hasta Robert, quien besó la mano igual que Joseph, y Margaret hizo una pequeña reverencia—. No, mi niña, aquí nadie es de la realeza, así que no necesitas reverenciarte ante mí —se acercó y le dio un beso en la mejilla.

El cariñoso y acogedor gesto de doña Rosario para con ella más las palabras entre madre e hijo despertaron en Margaret la añoranza por sus padres. Sentía que jamás volvería a verlos, que regresar a Inglaterra era una hazaña imposible de realizar, un anhelo que tendría que guardar por siempre en el lugar de las esperanzas, pues desde el momento que había dicho sí a tamaña aventura, compartía con Robert el riesgo de un futuro incierto, tal vez exitoso o no, y basado solo en el amor por él. Mientras esos pensamientos le mostraban los rostros sonrientes de sus propios padres, la voz de Robert y la caricia en su mano hizo volver su mirada a los ojos del hombre que despertaba en ella todos los deseos y la empujaban a seguirlo a donde fuera sin cuestionamientos.

—Pasemos, mi amor, la cena está servida —Robert besó su mano a sabiendas de lo que pensaba. Su mirada, fija en doña Rosario, la delató.

Un elaborado tomatacán hacía su entrada con María, la niña de manos de la casa. Desde la mezcla de tomate, carne, cebolla y maíz en su elaborada sazón, humeaba un delicioso aroma a cocina casera y despertaba el apetito de todos los comensales ya instalados en la mesa. La velada fluyó entre las risas que les producía la combinación del inglés y el español expresados con dificultad en la misma frase, y las travesuras de cuatro niños que los acompañaban.

—Guillermo, deja de amasar ese pan y come —dijo Maximiliano con voz firme a su hijo, que siempre intentaba esquivar el platillo del día—. Y tú, Rafael, pon las manos sobre la mesa. ¡Estos niños! Hay que domesticarlos —dijo sonriendo.

—Son unos traviesos, pero son buenos niños —suspiró doña Rosario.

La mujer, de casi sesenta años, vivía con ellos ayudando a su hijo en la crianza de los pequeños. La viudez de Maximiliano, a sus apenas veintiocho años, le había arrebatado a una esposa de veintidós y le había dejado una tarea de padre y madre que se le hacía cuesta arriba sin apoyo femenino. Su madre tenía la energía y ternura necesarias para corregir y guiar a sus nietos por el camino de las buenas costumbres. Maximiliano descansaba en ella para muchas reprimendas y arrumacos que debían impartirse en toda enseñanza, y esas cuatro almas no eran la excepción.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Margaret a la niña de pelo castaño y gran lazo color rosa sobre la cabeza que ordenaba su cabellera. La pequeña apenas dejaba ver parte de sus ojos pardos que miraban por debajo de la mesa.

El español de Margaret, aunque no tan pulido, era lo suficientemente comprensible como para entablar una sencilla conversación.

—Amalia —respondió la dulce y suave vocecilla oculta tras los encajes blancos del mantel. Había levantado un poco la cabeza para ser escuchada.

—Eres muy linda —dijo Margaret y reconoció la misma nariz que se había asomado por la ventana a su llegada—. Y tú, ¿cómo te llamas? —preguntó al joven de chaqueta negra y corbatín, que la miraba con cara de desconfianza desde el otro lado de la mesa.

—José Tomás —contestó el mayor de los cuatro hermanos. Sus ojos verdes escudriñaban el enredado moño que

Margaret apenas había alcanzado a hacerse y que lanzaba unos reflejos de pequeños cristales que lo decoraban.

—¿Tengo algo en mi cabeza, José Tomás? —preguntó Margaret al joven que había capturado su interés, mientras tocaba su cabeza buscando lo que se suponía llamaba su atención.

—Algo brilla en su cabeza, *miss* Margaret —dijo José Tomás aún cautivado por aquel pequeño destello.

—Es un peine, ¿ves? —se lo sacó y le mostró los detalles de piedras y cristales que tenía la elegante traba que decoraba su peinado. José Tomás siguió mirándola.

—¿Parece que tengo algo más? —preguntó Margaret algo intrigada por la mirada fija del niño sobre ella y volvió a tocar su moño.

—Vamos, hijo, no importunes a *miss* Margaret —lanzó Maximiliano desde la cabecera.

—Perdón, *miss* Margaret, su peinado me hizo recordar a mamá. Disculpe si la incomodé —se excusó bajando la mirada.

Guillermo y Rafael abrieron la boca sorprendidos por la osadía de su hermano mayor al hablar sin vergüenza con la elegante dama. Los ojos de ambos, como una gran luna, se volvieron a Margaret esperando su respuesta.

—No, por supuesto que no, querido —dijo Margaret con dulzura—. Espero que el recuerdo que traigo a tu memoria abrigue tu corazón.

Se produjo un melancólico silencio, con miradas que se esquivaron unos de otros. Doña Rosario miró con ojos caídos a Maximiliano, Robert exhaló un leve suspiro y José

Tomás apenas miró a su padre escondido entre las cejas; con el semblante cabizbajo reflejaba la pena de un hijo sin madre. Margaret, algo acongojada, volvió a poner el peine en su moño y Maximiliano rompió el incómodo vacío alzando su copa.

—Bueno, los invito a brindar por Amalia, que nos cuida desde el cielo — hizo un guiño mirando a cada uno de sus hijos—. Por doña Rosario, mi querida madre, que es mi gran apoyo, y por vosotros —dijo mirando a Margaret, Robert y Joseph—. Sé que vuestra llegada a la ciudad será un gran regalo para todos los que vivimos en ella. Salud.

Todos brindaron, incluso los niños, con el agua de sus copas. De nuevo el ambiente se tornó aliviado, y el dulzor de la leche asada, servida en una elegante fuente de porcelana floreada, mitigó el dolor del recuerdo.

—Bueno, niños, es hora de ir a la cama, es momento para los adultos—. Maximiliano se levantó de la mesa, dio un beso en la frente a cada uno de sus hijos y los instó a dar las buenas noches. José Tomás, con sus prematuros nueve años, quería quedarse, pero su padre le revolvió el cabello y le dijo que todo llega a su debido tiempo—. No tengas prisa, mi niño. Ya serás adulto y, cuando eso suceda, querrás ser niño de nuevo. Ahora, a soñar, que mañana será otro día.

En el salón contiguo al comedor, el *whiskey* y el humo de los puros alejaron a doña Rosario y a Margaret a sus habitaciones. Margaret agradecía liberarse de la plática masculina y, por primera vez, las costumbres que regían después de la cena le eran bienvenidas. Siguió a doña Rosario, quien al

igual que ella, se despidió con una delicada sonrisa para los tres hombres, que quedaron parlotando envueltos en aroma a tabaco y refinado alcohol.

—Al fin en Coquimbo, un largo viaje para llegar a este desértico lugar del mundo —dijo Maximiliano con una sonrisa irónica y después de tragar un buen sorbo de licor—. Se valora mucho vuestro esfuerzo.

—Bueno, hasta aquí debíamos llegar —dijo Robert—. Fue nuestro compromiso y aquí estamos para cumplirlo e iniciar este gran... ¿Cómo se dice...? ¿Desafío? Eso, desafío.

—Sí, ya lo creo, será una experiencia única. Esta ciudad podría convertirse en la segunda entrada marítima de Chile, cosa que nos vendría muy bien.

—¿Segunda entrada? —repitió Joseph mirando a Robert y arrastrando un español que buscaba sumarse a la conversación.

—Sí, Joseph, don Maximiliano habla de la posibilidad de que Coquimbo se transforme en el segundo puerto más importante de Chile —explicó Robert en su perfecto inglés británico.

—¡Ah, claro!, eso es lo que intentaremos hacer —respondió Joseph alzando su copa.

—Y lo lograremos, caballeros. La abundancia de cobre en Guayacán nos dará el dinero para levantar la ciudad —dijo Maximiliano uniéndose al brindis de Joseph.

El cansancio y el dulzor del alcohol comenzaba a apoderarse de sus mentes. Maximiliano los liberó del titánico esfuerzo que hacían por mantener algo de coherencia en sus palabras.

—Caballeros, necesitan descansar. Los acompañaré a sus habitaciones.

Los invitó a seguirlo por el pasillo de reluciente *parquet* que volvía a crujir con cada paso.

—Bueno, señores, mañana serviremos el desayuno a las nueve en punto para salir a recorrer la ciudad. Espero tengan un reparador descanso —dijo dando las buenas noches con una venia de su cabeza.

Robert entró en la habitación y contempló la silueta de Margaret, que se dibujaba bajo las sábanas gracias a la tenue luz de una vela aún encendida en la mesa lateral. Caminó despacio hasta un armario de caoba más alto que él, donde Margaret ya había ordenado la ropa de ambos. Con algo de dificultad, pero lógica intuición, logró encontrar el pijama que su esposa había dejado sobre el resto de su ropa. Evitando hacer más ruido del necesario, se cambió y se sumergió junto a ella.

—Al fin te acuestas, Robert —dijo Margaret revolviéndose entre dormida y despierta.

—Sí, mi amor —dijo acurrucándose. La abrazó y sus cuerpos volvían a expresar el placer de estar juntos para iniciar un viaje imprevisible en tierras extrañas. Acarició su espalda y con ternura susurró en su oído—: Gracias por ser parte de mis locuras. Ya buscaremos nuestra propia casa para instalarnos y hacer de esta aventura lo mejor de nuestras vidas.

Margaret, enredada entre sus brazos, soñaba nostálgica con su verde Inglaterra.

4

Los comienzos



El clima en la zona era cálido y con apenas una llovizna suave por las mañanas. La densa bruma, a la que los locales llamaban *camanchaca*, hacía que Robert y Joseph recordaran su vida londinense, claro que el entorno era radicalmente opuesto como habían comentado: aridez, pobreza e infraestructura de impactante modestia. Los lugareños eran en su mayoría pescadores y mineros, más uno que otro profesional de generosa vocación instalados ahí para aportar en el área de la medicina y la educación.

Claudio, como todos los días de cada semana, llegó a buscarlos para recorrer la ciudad junto a don Maximiliano. Con la puntualidad exigida por el jefe, peinado con la mezcla de limón y agua que mantenía su pelo azabache rígido e inmóvil, cumplía con las exigencias de presentación personal que requería el cargo. Una chaqueta de cachemira azul regalada por don Maximiliano hace años, un pantalón del mismo

color, una camisa blanca y una corbata burdeos completaban el atuendo.

Esa mañana reinaba, como siempre, una espesa neblina. Debido a que el recorrido les tomaba varias horas, doña Rosario y la cocinera les habían preparado los tradicionales sándwiches de jamón con queso que se encargarían de apaciguar sus entrañas. En el canasto sumaba algunas frutas y unas vasijas con agua para refrescar sus gargantas de la resequedad que causaba el paisaje de dunas y rocas.

—No olviden la merienda, hijo —era la voz amorosa de doña Rosario, que parecía estar despidiendo a tres niños rumbo a la escuela.

—Gracias, madre, siempre preocupada de los detalles —respondió Maximiliano besando su mejilla.

—Gracias, doña Rosario, muy gentil de su parte como siempre —replicaron Robert y Joseph despidiéndose de ella con un beso en la mano.

Subieron al carruaje e iniciaron la quinta semana de visitas a la ciudad, una ciudad inmersa en uno de los desiertos más áridos del mundo. Durante el recorrido, a través de un paisaje que ya se les hacía monótono de grises y *beige*, Maximiliano continuó explicando sus ideas preconcebidas.

—Estoy convencido de que este es un buen lugar para levantar la plaza central. Puede ser el punto de partida y desde aquí vamos creciendo, como se hizo en Santiago —dijo mientras indicaba que donde se encontraban era, a su juicio, el centro de la ciudad. Ya existía ahí una plaza que rogaba ser importante—. Incluso, en el centro de la rotonda —continuó— podríamos instalar una pila europea y expandir un

poco más el área —comentó haciendo alusión a las fuentes de agua que había visto en París y Londres.

—Claro, me parece buena idea. Desde aquí vamos diseñando el circuito de calles principales, como se hizo con el Arco de Triunfo en París —contestó Robert sonriendo. Maximiliano rio y se sumó al humor sarcástico de Robert.

—Claro, ¿por qué no? Aunque no entrarán las tropas de Napoleón por aquí, podemos hacer un solemne desfile de inauguración de la ciudad con el cuerpo de bomberos.

—Vaya, qué gracia que les causa esta misión a ustedes, pero creo que se les olvida que una ciudad no solo contempla la plaza principal, hay que considerar iglesias, escuelas, hospitales... En fin, hay mucho más en qué pensar que solo en la plaza central —interrumpió Joseph con un tono de voz cargado de seriedad mientras lanzaba una mirada de reojo hacia Robert, a quien veía muy animado.

—Por supuesto —respondió Maximiliano carraspeando—. Tienes razón, hay que pensar en todas las necesidades de la población que vive y que vivirá en este lugar.

Los proyectos crecían bajo el polvo que levantaba el carruaje cada día y bajo la ensoñación de las ideas dibujadas en el aire imaginando la ubicación de una posible escuela, de la capilla que aún no existía y de la transformación del rudimentario consultorio en un hospital. Al trote del caballo iban delimitando, día tras día, la circulación de calles; y entre subir y bajar del coche, terminaban otra jornada con un nuevo horizonte enrojecido por un sol que se ocultaba en el mar. Con lo que quedaba de luz de la tarde, doña Rosario y Margaret los esperaban en el salón; una bordaba un pañete de seda con flores rosadas y la otra leía a Walter Scott, sumergida en las tierras altas de Escocia. El crujir de la puerta

abriéndose y el zapateo de las botas polvorientas quebró el silencio entre ambas y las devolvió de golpe al rol de madre y esposa. Doña Rosario se levantó de inmediato para disponer la cena y Margaret dejó a un lado las hojas empastadas que la tenían inmersa en su gran isla. Caminó tras doña Rosario para recibirlos.

—Espero hayan tenido un día interesante caballeros. Ahora, a prepararse para la cena —dijo doña Rosario con una sonrisa de lado a lado mientras besaba a su hijo e invitaba a los ingleses a ponerse cómodos.

—Gracias, madre. Bueno, señores, vamos avanzando, aunque recién es el comienzo —dijo Maximiliano mientras sacudía la tierra de su saco y colgaba su sombrero de paño—. Espero sigan inspirados para diseñar este rincón del mundo. A partir de mañana tendrán un despacho disponible en la alcaldía, así trabajarán sin molestias.

Margaret recibió la chaqueta de Robert y lo miró con cierta tristeza. Su cabeza gacha, con el mentón casi pegado al cuello y su forzada sonrisa, reflejaban la alegría de verlo regresar, pero su mirada traslucía la frustración de estar en un hogar que no era el suyo y que añoraba tener.

Aunque doña Rosario era una mujer encantadora, servicial y atenta, Margaret quería comenzar a construir su propia vida, su propia familia, con la independencia y la autoridad que una dueña de casa tiene bajo su techo. Las semanas que llevaban con los Errázuriz habían sido gratas y cómodas gracias al cariño y encanto de aquella maternal mujer y a la alegría de los niños que llenaban con sus risas y jugarretas los espacios de una casa que se sentía como un hogar. A pesar de un entorno cálido y familiar, ya varias veces había comenta-

do con Robert sus ansias de comenzar sus vidas a solas. Él entendió su mirada y le hizo una suave caricia en la mejilla. Le tomó la mano y la besó.

—Te extrañé, cariño —dijo con ternura para suavizar su melancolía—. Iré a asearme y regreso de inmediato... —Se acercó para darle otro beso y susurrando en su oído le secreteó—: Y no te preocupes, ya volaremos de este acogedor nido.

Margaret sonrió y caminó junto a doña Rosario al comedor.

La amabilidad y delicadeza de los anfitriones exhibía, entre dos candelabros de plata con velas encendidas, un pequeño arreglo de claveles rojos en el centro de la mesa. Sobre ella humeaba una olla de porcelana con un delicioso aroma a estofado que los niños celebraron.

—¡Mmm, huele delicioso, abuela! —dijo Amalia saboreándose y estirando su brazo para abrir la olla.

—A ver, a ver, Amalia. No toques nada, eso no se hace.

La pequeña retrocedió de inmediato y le sonrió con picardía. Doña Rosario tomó sus manos con suavidad para ver si estaban presentables, le dio un giro de vals y la llevó a su puesto habitual. En ese instante llegaron José Tomás, Guillermo y Rafael peinados y aseados como de costumbre para la cena.

La velada se les hizo rejuvenecedora y con un dejo a Londres. La conversación fluía con facilidad, como si ya todos hablaran el mismo idioma. Todo auguraba un buen futuro salvo por Joseph, que siempre mostraba un semblante de

cejas y boca arqueadas que traslucía su constante poner en duda el esfuerzo que hacían. Robert, en cambio, comentaba con entusiasmo cómo imaginaba la iglesia. Elevando sus brazos, dibujaba en el aire una gran cúpula. Los trazos invisibles guiaban los ojos de los que le observaban con interés.

—Podemos soportar su estructura en pilares de roble gruesos —gesticuló Robert—, y las puertas las tallamos con imágenes de santos.

—Qué buena idea, Robert, podría ser algo como... — Maximiliano, entusiasmado, se paró de la silla para ir a buscar algo a la biblioteca.

—Maximiliano, estamos cenando, ¿eso puede esperar? —reclamó doña Rosario al verlo levantarse de la mesa.

—No, madre, cuando las ideas llegan a la mente hay que rescatarlas de inmediato o las pierdes. Regreso enseguida — dijo mientras su voz se perdía con él.

La habitación contigua era un oscuro salón que más parecía bodega abandonada. Dos polvorientas vitrinas de caoba, una pequeña mesa de vidrio en el centro y dos siales de cuero, era todo lo que poseía el lugar. Maximiliano, de niño, pasaba largas horas junto a su padre hojeando y escudriñando en aquellos libros que hoy tenían olor a humedad. Entre ellos, el que más atesoraba en su memoria era el viejo tomo de catedrales europeas, cuya imagen regresó de golpe a su cabeza mientras conversaba con Robert. Examinó las estanterías hasta que rápidamente encontró, bajo el abandono de la muerte de su padre y el polvo del tiempo, el tomo I de monografías de catedrales.

Regresó con la cara iluminada como si acabase de ver una bella visión. En sus manos traía un libro cuyas páginas ape-

nas se sostenían en el lomo. Retiró el plato enfrente de Robert, seguido por la mirada perpleja de su madre, y colocó el ajado volumen frente a él.

—Pero Maximiliano, Robert aún no ha terminado —dijo doña Rosario abriendo sus ojos y mirando a Margaret en son de disculpa.

—Perdona, Robert, pero lo encontré. Mira esto, es magnífico —dijo con tal entusiasmo que ni siquiera reparó en el llamado de atención de su madre.

Fue pasando una a una cuidadosamente las hojas hasta llegar a la imagen de la catedral de Burgos y su gran puerta del *Sarmental*.

—Aquí está. ¿Ves qué belleza? —Maximiliano pasó la palma de su mano sobre la fotografía gastada y sucia—. Esta es una de las entradas laterales de la catedral de Burgos. Cristo está en el centro, los apóstoles bajo Él. Alrededor puedes ver ángeles y serafines. ¿Qué te parece esta maravilla? —Maximiliano estaba inspirado. Sus palabras se empujaban unas a otras hasta faltarle el aliento para continuar.

—Magnífica. Esto debió de tomar años de trabajo y manos expertas para lograrlo —dijo Robert sin sacarle los ojos de encima a la imagen.

—¡Seguro! —espetó Maximiliano—. Escultores extraordinarios, como solo aquellos que pudieron existir en el siglo XIII. ¿Crees poder lograr algo semejante?

—Me encantaría decirte que sí, Maximiliano, pero creo que no contamos ni con el tiempo ni con las manos expertas. Qué más quisiera yo que hacer algo extraordinario como esto. Pero para ser honestos, creo que debemos concentrarnos en lo que nos pueda dar la mano de obra que tenemos.

—Tienes razón, pero no descartemos nada de esto. Si no es en el frontis, tal vez podamos hacer algo especial en su interior.

—Por supuesto, no descartaremos nada. Creo que es bueno ambicionar algo único que impregne de solemnidad el lugar. Dios lo merece —contestó Robert igual de entusiasmado que Maximiliano—. ¿Qué piensas, Joseph? —preguntó Robert intentando que se incorporara a la conversación.

Joseph, incrédulo con el sueño de ambos, los miró desde el otro lado de la mesa volviendo a sentir que se había equivocado, que nunca debió sumarse, que debía volver a Inglaterra.

—Me parece algo pretencioso —respondió escéptico.

Robert frunció el ceño, pero de inmediato regresó al seductor libro de catedrales.

—Me gustan los desafíos, no dejemos de soñar, todo vale la pena —dijo Robert con la mirada fija en Joseph.

Para Robert, la rudimentaria ciudad se volvía un reto a su creatividad. En sus manos estaba la oportunidad de crear una gran obra. Todo lo que pudieran hacer allí sería mucho más de lo que, hasta ese entonces, contaba el lugar. No permitiría que Joseph enturbiara sus anhelos de ver esa ciudad convertida en un rincón especial del país. Sabía que tendría que seguir luchando contra la visión pesimista de su amigo y socio, que constantemente llevaba sus idealizadas ambiciones de grandeza a la realidad más concreta de lo posible. A Robert, además de ideas, le sobraba coraje, ese que, a su socio, creía, le faltaba en buena dosis; sin embargo, valoraba su esfuerzo por permanecer a su lado.

5

Joseph



El trabajo era arduo. Avenidas, barrios y la distintiva iglesia de Guayacán, armada con planchas de hierro belgas de color verde traídos en más de cuatrocientas cajas desde el viejo continente, era otra de las tantas hazañas que cumpliría más tarde Robert. La tonalidad de la estructura de aquella iglesia había sido comentario entre los coquimbanos durante las semanas en que iba irguiéndose tras la suma de una y otra plancha de acero que hacía pensar que, más que ser la casa de Dios, era una especie de galpón industrial. Una vez que fueron apareciendo los vitrales, su torre de más de veinte metros y la cruz en el tope de la aguja, incluso más verde que el resto de la estructura, esclareció su divina personalidad. Además de aquella casa de adoración al creador, planificaron el cementerio inglés de Coquimbo. «La vida y la muerte van unidas como cosa natural —decía Robert a Joseph—. No podemos pasar por alto ese lugar».

De la mano de ambos, la incipiente ciudad de «aguas calmas», el nombre en lengua *moluche*, comenzaba a engrandecerse entre adoquines, pino oregón, latón ondulado y un muy notorio toque inglés de casas en tres niveles y balcones pequeños. Su bahía mansa, que había representado para los colonizadores Pedro de Valdivia y Juan Bouchón, una de sus mayores ventajas para asentarse, se rodeaba de casas, escuelas, plazoletas, fuentes de agua, barrios bien delimitados y pequeñas tiendas ordenadas en una larga calle comercial. Se hacía realidad el sueño de Maximiliano para esa localidad, convirtiéndola en la tercera ciudad más importante de Chile, después de Santiago y Valparaíso.

Así como Coquimbo se transformaba en algo más que una caleta de esforzados pescadores, también la vida de los Parker Trevena. El vientre de Margaret anunciaba la llegada de su cuarto hijo y la casa propia los hacía parte definitiva de aquella tierra.

—Robert, estoy muy orgullosa de ti. ¡Esta ciudad es tan diferente a la que llegamos hace ya ocho años...! Mira esta calle adoquinada y repleta de tiendas —dijo Margaret, que caminaba del brazo de Robert. Su abultada panza le quitaba equilibrio y necesitaba del apoyo de su esposo, quien se pavoneaba feliz frente a los transeúntes que levantaban sus sombreros para saludarlos. La reputación de Robert y Joseph había crecido después de casi una década en la ciudad. Ambos eran reconocidos por su rectitud, sentido de responsabilidad y amabilidad en el trato tanto para con obreros como para con aristócratas.

—Gracias, mi amor, sin tu apoyo esto no sería posible. Eres el pilar de mis locuras.

—Y tú, el pilar de mi vida y la razón por la que sigo en este rincón del mundo —dijo Margaret mientras acariciaba su brazo.

Su respuesta era dulce. La acompañó con un suave roce de su mano sobre su brazo, pero por alguna razón, Robert dudó de su tenue voz. Detuvo el paso y enfrentó su intensa mirada azul.

—Margaret, ¿en verdad eres feliz? —Sintió un escalofrío después de hacer la pregunta, pero necesitaba saber si ella estaba tan contenta como él en aquel lugar que crecía al ritmo de su vientre.

Margaret, sorprendida por la aguda y directa interrogante de Robert, quedó en silencio. Parada frente a él, bajo su quitasol de encaje *beige* a juego con su vestido, que ya no marcaba su silueta acinturada debido a la imposibilidad de usar corsé, decidió transgredir las buenas costumbres. El intenso beso que le dio en público, terminó por despejar las dudas y confirmar el amor que le tenía. Era un amor capaz de arriesgarse a los comentarios escandalizados de quienes, aferrados a las tradiciones, harían de esa escena un chisme popular. Aquel tierno y apasionado beso era un rotundo y claro «sí, soy feliz».

La familia había crecido con rapidez. Cuatro pequeñas almas revoloteaban de aquí para allá, entre las piernas de sus padres. Mientras David lloraba reclamando el pecho de su madre, Alice, Inez y James jugueteaban con gateos y carteras. Cuatro criaturas que demandaban atención y cuidados.

Joseph, por su parte, seguía soltero. Aunque fue discreto en sus andanzas amorosas, se rumoreó por mucho tiempo

que había intimado con una de las hijas del alcalde, a quien conoció en la inauguración de la plaza de Armas. Robert nunca lo vio realmente a gusto en aquel sitio, siempre estaba quejándose de las modestas instalaciones para trabajar y vivir. Le costaba mucho ajustarse a las costumbres locales. Tampoco se le conoció pareja estable que le ayudara a echar raíces. Robert y Margaret, por el contrario, ya no tenían dudas de si quedarse o partir. Junto al logro de su propia casa, la llegada de sus hijos y la realización profesional de Robert, se había borrado como tinta bajo el agua, la idea de volver a Londres. Margaret entabló amistad con otras esposas y la educación de sus hijos era su prioridad. Ella misma les enseñaba el abecedario, Matemáticas y Geografía. También mantenía las conversaciones en inglés para heredarles el idioma de sus antepasados. Pero Joseph, el inconformista e insaciable Joseph, seguía incómodo, como atado a una camisa de fuerza impuesta por su amigo y subyugado por lealtad a llevarla. No había forma de despertar su interés con hijas de otros acaudalados terratenientes. Solo la hija del alcalde hizo peligrar su estado de soltería, aunque no fue fuerza suficiente para atarlo a Chile.

—Amigo, es una buena chica, decente, educada, tan joven que de seguro podrá darte muchos hijos. Su padre te ve con buenos ojos y eso les ayudará a ser felices. Siempre es bueno contar con la aprobación del suegro —dijo Robert mientras saboreaba el whiskey después de la deliciosa cena que Margaret había preparado.

—Robert, ya van casi diez años y si sigo aquí es por el compromiso que tengo contigo, pero no me pidas más. No sé si Carmen es la mujer para mí, o tal vez no lo es, pero sigo sintiendo que no puedo anclarme a este país, a este lugar.

Carmen es una bella chica, una dulce chica, no puedo desconocer eso. Su familia me ha acogido con simpatía, pero hay algo que se interpone en mis afectos hacia ella.

Joseph se expresaba con soltura, con la confianza de la intimidad que les estaba regalando el momento, una conversación que hace mucho no tenían y que en el pasado solo se basaba en planos, herramientas, materiales, sueldos de obreros y cuentas por pagar. Por primera vez desde hacía ya varios años, hablaban desde los sentimientos más profundos de la amistad que los unía.

—La verdad es que no tengo claro qué me depara el futuro, Robert, y tampoco quiero que Carmen pierda su tiempo a mi lado. Ya me ha dedicado dos años de su juventud y una mujer a los veintidós desea estar casada y tal vez con varios hijos.

—Pero ella te ama y de seguro esperará tu decisión.

—Y si no logro decidirme, si no logro cumplir con lo que ella anhela, si no logro...

—Joseph, deja de calcular tu vida, de plantearte tantos requisitos. Sé feliz, vive el día, arriésgate.

—No lo sé, Robert. Soy como soy. Ya tengo treinta y dos años y soy casi un viejo para ella. No merece perder el tiempo conmigo.

—Cariño, nos vamos —dijo Carmen asomándose en el estudio donde ambos parloteaban. Ella y Margaret se miraron de reojo.

—Claro, vamos —le respondió Joseph con una mirada cómplice a Robert esperando que ella no hubiese escuchado sus últimas palabras.

—Gracias, querida, por tan grato almuerzo. Un agrado disfrutar de tu cariño y tus tiernos niños. Forman una familia preciosa —dijo Carmen a Margaret mirando por el rabillo del ojo a Joseph y levantando una de sus cejas.

—Vamos, querida, dejemos descansar a los Parker Trevena lo que queda de día domingo. Gracias, amigo, nos vemos mañana en la oficina para seguir revisando planos.

Joseph dio un apretón de manos a Robert, besó la mano de Margaret y le ofreció el brazo a Carmen para salir a la calle. Cuando llegaron a casa de Carmen, junto al portón de hierro, Joseph enfrentó un rostro dolido, incrédulo y de ojos brillantes que lo interpelaban a abrir su corazón con honestidad y decir la verdad, verdad que podría destruir una ilusión.

—Joseph, ¿por qué no merezco perder el tiempo contigo? —preguntó con voz firme a pesar de que su cuerpo temblaba de miedo.

—Carmen, ¿de qué hablas? ¡Qué cosas dices! —dijo haciéndose el desentendido.

—Joseph, por favor, necesito que seas sincero conmigo.

—Cariño, mi dulce Carmen —tomó su rostro entre sus manos y besó su frente.

—Solo eso quería saber. Un beso así de paternal resume un sentimiento: cariño, no amor. ¿Eso sientes por mí, Joseph, solo cariño?

—Carmen, tu compañía me hace feliz, tu amor me sostiene en estas tierras, pero...

—Pero no es suficiente —completó Carmen—. No es suficiente para comprometernos y querer formar una familia, ¿es eso?

—Carmen, no sé qué decir.

—Bastaría con decir «te amo».

Joseph no pudo hablar. La miró con ternura, tomó sus manos intentando decir algo y ella entendió ese silencio como un adiós. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero el esfuerzo por no derramarlas la empujó a darle la espalda después de un escueto “hasta siempre, Joseph”. Él se quedó mirando cómo su delicado vestido azul de viscosa mecido al viento, se alejaba hasta perderse tras la buganvilia que decoraba la elegante casa de la alcaldía. Se sintió aliviado, pero al mismo tiempo sintió que la ruptura podría traerle problemas a Robert y a él en futuros trabajos en la ciudad. Esperaba que don Joaquín, pudiera entenderlo. Quizás el ser padre de doce hijos le permitiría aceptar las dudas de amor y valorar su sinceridad, pensó, mientras la silueta de Carmen ya era solo un espejismo en su mente. Sabía que, en algún momento, tendría que hablar con don Joaquín para presentar sus respetos y sus disculpas, y tal vez de esa forma, contrarrestar el dolor que causaba a su hija. Caminó de regreso a su casa y el vacío se instaló en su alma. Coquimbo empezaba a desconectarse de su piel.

6

Obra para Dios



Durante esos años, el gran desafío llegó de la mano de Dios. Fue el obispo José Manuel Orrego quien, con la cara llena de entusiasmo, se acercó a Robert al finalizar la ceremonia de bendición del internado de señoritas que habían construido. Cuando llegó el momento oportuno para comentarle lo que tenía en mente, fue tras él, le tocó el hombro para llamar su atención y le pidió que lo siguiera a un lugar apartado.

—Robert, necesito su ayuda. Usted es el indicado para lo que debemos hacer.

—¿Debemos? Al parecer estaré involucrado en alguna de sus tareas, señor Obispo. Dígame, ¿en qué puedo servir a Dios?, ¿de qué se trata? —Robert se mostró intrigado por la forma en que el sacerdote lo abordó.

Medio encorvado bajo su túnica negra y birrete burdeos, lo arrastró hacia una esquina de la salida de la capilla donde

minutos antes se había realizado la acción de gracias por el nuevo establecimiento. El lugar contaba, además, con aulas para alumnas de preparatoria, una oficina para profesores y dormitorios para cuarenta niñas. El pequeño oratorio, donde se había realizado la ceremonia de alabanza a Dios por el logro del nuevo establecimiento, tenía un sencillo altar de madera de pino, una cruz del mismo material, cuatro bancas largas para ocho personas y dos ventanales para dejar entrar algo de luz. Sobre el altar había un ramo de claveles naranjas, amarillos y rojos que era el único toque de color del modesto lugar.

Una vez se hubieron despedido de todas las autoridades, el obispo comenzó a contar sobre su anhelado deseo.

—Robert, la antigua iglesia de Andacollo ya no da abasto para recibir a tantos fieles durante las celebraciones de la Virgen. Las festividades inundan el lugar año a año y la Virgen del Rosario merece un espacio que la enaltezca y cobije a todos sus fervientes feligreses. Mis amigos dominicos, que han contratado a un arquitecto italiano para diseñar una iglesia en Santiago, me han ofrecido su ayuda para diseñar la nuestra. Se llama Eusebio Chelli y nos visitará pronto para que comencemos a trabajar en ello —le explicó con el énfasis de un niño que invita a un amigo a cometer una travesura.

—Señor Obispo, qué más honor podría ser para mí construirla, por supuesto, cuente conmigo y Joseph —dijo halagado—. Solo por curiosidad, ¿por qué es tan importante ese lugar y su festividad? Siempre me han llamado la atención los comentarios de la creciente llegada de devotos cristianos a esa localidad. Nunca he estado ahí, pero los rumores acerca de los miles de peregrinos llegan a nosotros cada año.

—Es una historia muy particular, mi querido Robert. Comienza con el incendio de la ciudad de la Serena en 1549. Lo he contado tantas veces que casi veo a sus personajes. Hasta podría ser uno de ellos —dijo el obispo comenzando a teatralizar el relato.



—... *debemos huir, no hay salida. Estos indígenas quemarán todo. La montaña es nuestra salvación* —ordenó el general al único sobreviviente de su batallón. Los dos españoles escaparon buscando salvar sus vidas y encontrar refuerzos. Refugiados en la capilla que aún no ardía, buscaron fuerzas para seguir.

—*Sí, mi general, a su orden. Llevaremos lo necesario.*

—*No podemos dejar la imagen de la Virgen, debemos llevarla con nosotros* —le ordenó al salir del escondite de la pequeña sacristía.

—*Como ordene, mi general.*

El teniente recogió la escultura de madera con la que evangelizaban a los lugareños bajo la religión católica, y huyó abrazado a ella. A pesar de su tamaño y peso, la cargaron turnándose a lo largo del camino. Varios días les tomó llegar a las zonas altas, y cuando pensaron que habían encontrado un lugar para instalarse, el humo de fogatas a lo lejos, les advirtió de la presencia de alguien más.

—*Mi general, mire como brilla ese cerro, ¿será oro?* —preguntó el teniente con el poco aliento que le quedaba después de subir la gran colina. El sol provocaba destellos sobre la superficie de las polvorientas laderas y el famélico soldado no sabía si era un espejismo o si en verdad algo destellaba entre las piedras.

—*No hay duda, es oro. De seguro esos indígenas son molles. Mira el brillo de sus vasijas, solo ellos trabajan de esa forma el mineral—*. El soldado de mayor rango tampoco contaba con mucho aire en sus pulmones, y menos fuerzas para enfrentar a ninguno de esos salvajes—. *No podemos arriesgarnos a permanecer aquí. Debemos seguir al sur, buscar refuerzos y volver para apoderarnos de esta riqueza. Pero necesitamos más hombres para enfrentarlos, no podemos ser descubiertos teniente y necesitamos de toda nuestra energía para informar de nuestro descubrimiento. Tenemos que movernos rápido. Entierre la escultura de la Virgen aquí, ya volveremos por ella.*



—Entonces, la imagen de la Virgen era de los españoles —aseveró asombrado Robert, quien siempre pensó que la festividad tenía origen local.

—Así es, mi estimado, la imagen original era de los conquistadores —confirmó el obispo.

—Pero ¿cómo supieron los molles dónde estaba enterrada?

—¡Ajá! Ese es uno de los primeros milagros que se le atribuyen —prosiguió el obispo entusiasmado.



—... *Collo, aquí estoy, ven por mí y llévame con tu pueblo* —dijo una dulce voz de mujer desde alguna parte de aquel seco cerro donde estaba el indígena.

Collo no podía entender de dónde venía aquel susurro y asustado miró a su alrededor buscando a la mujer que lo llamaba.

—*Collo, aquí estoy, muy cerca de ti* —insistió la voz.

El pequeño indígena, de torso desnudo y rabo cubierto por una sucia piel de animal, se estremeció. Su turbada mente seguía sin entender de dónde venía la voz.

—Anda, Collo, sube esa colina, ven por mí y llévame con tu pueblo. No tengas miedo, soy María, tu madre —dijo por último la dulce voz.

Entonces, Collo vio un fuerte destello en lo alto de la colina y fue tras él. Al acercarse, la luz se debilitó hasta que, al llegar al lugar, desapareció. Collo se hincó exhausto con los ojos clavados en la tierra. De pronto, vio una mancha extraña que se asomaba entre las piedras y se puso a escarbar. Cuanto más escarbaba, más sorprendido estaba. Sus ojos se abrieron asombrados y su corazón se aceleró al desenterrar la imagen de una mujer de túnica blanca, capa celeste y tez morena. No daba crédito al hallazgo. La colocó sobre su pecho y comprendió la misión que tenía entre sus brazos. Empujado por la emoción de mostrársela a sus hermanos y a todo su pueblo, corrió cerro abajo. Debía compartirla con ellos y venerarla. Los primeros días la instaló en su casa. Pasadas algunas semanas, él y los aldeanos construyeron una capilla para rendirle culto y pedir su bendición. Para ellos era la aparición de la «Pachamama», aquella madre que se hacía presente para cuidarlos y bendecir sus tierras.



—Desde entonces, los milagros de Nuestra Señora se han difundido de generación en generación —prosiguió el obispo—, y aunque la imagen desapareció incomprensiblemente, se trajo otra desde Perú, y la festividad de su aparición nunca cesó. Los milagros asociados a su imagen han sido

muchísimos.

»Uno de ellos fue el hijo de un campesino que se recuperó de una horrible tuberculosis. Estaba desahuciado, ¿sabe? Pero el pueblo entero se arrodilló a sus pies orando una noche completa por la salud del niño. Su recuperación fue inexplicable. Incluso los médicos quedaron perplejos ante tal sanación.

—Vaya, Padre, es increíble. Pues espero seamos dignos de construir el nuevo templo y recibir sus bendiciones — respondió Robert honrado por haber sido elegido para tal hazaña. Pensó que este reto entusiasmaría a Joseph y por fin se animaría a permanecer en Coquimbo y sentar cabeza.

La basílica se convertiría, tal vez, en el lazo que lograría que Joseph, por fin, sintiera esa ciudad como un buen puerto de fondeo para su vida.

AGRADECIMIENTOS

Cuando comencé a escribir estas líneas, jamás pensé todo lo que descubriría. Inmiscuirse en el ático del pasado a veces puede resultar riesgoso, pero termino de revolver sombreros, guantes, fotografías y aromas que también son míos y que, con engreída gratitud, debo a mis padres. Por eso, gracias primero a ellos, por haber hecho de mí parte de lo que soy.

Gracias a mi esposo e hijos por respetar mi ausencia de muchas tardes y noches atrapada en este viaje.

Gracias al pastor claretiano don Gaspar Quintana, quien gentilmente nos atendió a mis padres y a mí en nuestra visita a Andacollo, permitiéndonos husmear sobre la gran basílica, más allá de lo meramente visible.

Gracias a Cecilia Aguirre, bibliotecaria de Andacollo, por abrirnos algunos polvorientos libros y sacudir de ellos un poco más de la historia de la mayor construcción de la ciudad.

Gracias a Sandra Suarez, secretaria de la Ilustre Municipalidad de Andacollo por guiarnos en la búsqueda de más pistas para desenterrar parte de los antecedentes de la gran basílica.

Gracias por las dos sobrecogedoras horas compartidas con Marilyn Sarzosa Marín, encargada del Cementerio Inglés de Coquimbo (Guayacán), quien con una generosidad abrazadora nos contó la historia del lugar haciéndola tan tangible como los mismos certificados de defunción de Robert y Margaret, mis propios antepasados.

Gracias a mi querido Oasis que, en cada sesión de taller literario, guiado por Ana María Güiraldes, aportó a que cada línea de este libro estuviera aún más enriquecida.

Gracias a Juan Villar Padrón, mi querido amigo y diseñador venezolano que, sorteando todos los obstáculos de la distancia, realizó la hermosa portada de este libro.

Gracias a Raquel Ramos que, entre encierro pandémico y niños revoloteando a su alrededor, logró una pulida revisión ortográfica.

Gracias a Osmary Morales por la delicada maquetación interior de estas páginas, las que encierran la vida misma.

Y, por último, pero no por eso menos importante (como se dice de buena crianza), gracias a ti. Sí, a ti, que estás leyendo.

ÍNDICE

Prólogo	7
-------------------	---

CAPÍTULO 1: LOS PIONEROS

1. Cruzando el Atlántico	13
2. Coquimbo	23
3. La cena	31
4. Los comienzos	39
5. Joseph	47
6. Obra para Dios	55
7. Andacollo	61
8. La primera piedra	67
9. Lealtad	73
10. David, su brazo derecho	79
11. La gran obra	85
12. El otoño de Margaret, el invierno de Robert	91

CAPÍTULO II: EMIGRAR

1. Valparaíso	103
2. La mejor noticia.	111
3. La visita	119
4. Un adiós y un hasta pronto	127
5. El comercio inglés	135
6. Adriana	143
7. El refugio del tenis	155
8. Adriana y Eduardo	163
9. La nana Olga	177
10. Angustia a la distancia.	183
11. Regreso a Chile	189

CAPÍTULO III: LAZOS FAMILIARES

1. El abuelo David	201
2. La casa de Carlos Wilson; entre naranjas y gallinas.	211
3. Eduardo David; algunos años antes.	219
4. Inhóspito dormitorio.	227
5. Otra oportunidad.	237
6. Adiós infancia; hola primer amor.	247
7. El romántico legado del “Consejo de los cinco”	259
8. Nuevo trabajo, nuevo amor.	273
9. «Sí, acepto»	289

CAPÍTULO IV: HERENCIA PUESTA A PRUEBA

1. Tranquila luna de miel	299
2. Socio inestable	309
3. Niño en brazos	319
4. Antofagasta	325
5. Entre Santiago, provincia y más niños	333
6. Década de los '70.	343
7. Días inestables	351
8. Una sombra que pasó por la puerta.	365
9. Una y otra vez.	373
10. Nueva casa, nuevo barrio, nuevo esfuerzo.	383
11. Rupanco y Fernandita	393
Agradecimientos.	403